
FLORESTA INFANTIL.

Periódico de niños de ambos sexos.

Historia de España.

TIEMPOS PRIMITIVOS.

El lunes principié, queridos míos, á explicáros la historia de España, y, despues de haberla recorrido toda á grandes rasgos, me detuve especialmente en los tiempos primitivos. Todos al parecer estuvisteis con mucha atencion, y me ofrecisteis recordar en la leccion siguiente los principales puntos de que hablé. Únicamente deseo que me habléis de los tiempos primitivos. Comencemos por el último, pero os doy permiso para que sino dice bien uno, le corrijaís otro, indicándome vuestros deseos poniendo la mano en el pecho para que yo diga el que ha de hablar.

Antonio: vamos á ver si me dices algo, pro-

curando indicar los hechos por el orden en que los expuse.

—Habló V. primero del clima, y nos dijo...

—Ya ves que, según la indicación de algunos de tus compañeros, te has equivocado. Pablo nos dirá si es así.

—Si mal no recuerdo nos dijo V. lo primero la figura que tiene España, y la comparó á una piel de buey, estendida á lo largo de Oriente á Poniente, y á lo ancho de Norte á Sur.

—Efectivamente, y como vosotros ya sabeis bien cuales son los puntos cardinales y la posición que ocupa España en el Antiguo Continente, pasaremos á otra cosa que nos dirá Pedro.

—Habló V. despues de que el clima era muy templado, el cielo hermoso, el aire saludable, y que era muy fértil su suelo.

—Es verdad, en España, como os dije, no se experimentan los excesivos frios de los países del Norte ni los rigurosos calores de las regiones del Ecuador; y merced á su posición en el globo, á los mares que la circuyen, á las altas montañas que la atraviesan en distintas direcciones; á los ríos á que estas dan origen para regar sus hermosos valles y excelentes campiñas, puede considerarse como una de las naciones mas privilegiadas del globo para morada del hombre. Así, la España es

abundante en toda clase de producciones, como granos, vinos, maderas, frutas, pastos, ganados, caza, pesca, y, para mayor abundamiento, encierra su rico suelo preciosos metales; de suerte, que nada falta para la comodidad de la vida, nada de cuanto el hombre puede apetecer.

Veamos ahora si se acuerda de otra cosa Francisco.

—Nos dijo V. despues, que los historiadores no están acordes sobre los primeros que vinieron á poblarla; que unos creen que fué Tubal, otros que Tarsis, nietos ambos de Noé, y tambien que algunos suponen que fueron los Escitas y otras gentes, que viéndose en la necesidad de emigrar de sus naciones, vinieron á España y la encontraron desierta.

—Perfectamente; estoy satisfecho de todo lo que acabas de decir porque es lo mismo que dije yo; y tened siempre presente que la historia de casi todas las naciones que entonces existían, carece de exactitud hasta los romanos, y cuando principia à tener algunos visos de verdad la nuestra, es desde la venida de los cartagineses de que nos ocuparemos otro dia. Debemos limitarnos, pues, à creer, que los que vinieron al principio á España, serian los descendientes de Noe, y que como entonces no se conocian apenas los medios de surcar los mares, lo harian por tierra.

Veamos ahora lo que nos dice Pedro.

—Que la lengua primitiva de los españoles tampoco se sabe positivamente cual sea; pero que debemos suponer que fuese una que se parece al vascuence, que es la lengua que se habla en Vizcaya, Guipúzcoa y en alguna otra provincia.

—Muy bien, si: la lengua euskara, y la principal razon que tenemos para creerlo asi es, que el castellano se deriva en su mayor parte del latin que adquirimos de los romanos, y como estos no llegaron á dominar esas provincias de que has hablado, es probable que sus habitantes conservasen su idioma primitivo.

Que nos diga otra cosa el que sigue.

—Yo sin embargo de haber procurado estar con atencion, no recuerdo lo que sigue.

—Diganos V. algo Lorenzo, porque José ya ve V. que no se acuerda.

—Nos habló V. de que habia en España varias razas de gentes procedentes de distintos países, como los iberos, los celtas &c., y que despues se aumentaron con las colonias fundadas por los griegos y fenicios.

—Bien; háblenos V. si recuerda de las costumbres de los primitivos españoles.

—Nos dijo V. que vivian en la mayor ignorancia, y que sus costumbres eran por consiguiente muy estravagantes. Que sin embar-

go se distinguian por su destreza y por su intrepidez en la guerra, que eran frugales en la comida, que acostumbraban á sus hijos desde pequeños á procurarse el alimento imponiéndoles ejercicios propios para hacerlos fuertes, que.....

—El que sigue nos dirá algo mas.

—Recuerdo que nos habló tambien de los vestidos que usaban, contestó Macario, que así se llamaba el niño preguntado; y por cierto que me llamaron la atención los objetos de que se aprovechaban para vestirse, pues unos dijo Y. que lo hacian con pieles, y otros con una especie de sayas negras: tambien recuerdo que nos habló de unos que llevaban el pelo largo como ahora las mugeres, que muchos dormian en el suelo y no pocos sobre las pieles con que vestian.

—Muy bien; habeis estado bastante acertados en cuanto á las costumbres de los antiguos españoles, sin embargo de que aun falta un punto importante, que es el de la religion; pues os dije que estaban tambien muy divididos porque tributaban mucha variedad de cultos segun los paises de que procedian, y sacrificaban animales á sus dioses y aun hombres que hacian prisioneros en la guerra.

Mas ahora quisiera que me dijeseis, qué consideraciones deducis de lo que habeis dicho: desearía que haciendo una comparacion

entre ellos y nosotros dedujeseis por quien está la ventaja: Ciro nos lo dirá.

—Yo creo que nosotros estamos mejor que ellos, porque tenemos mejores vestidos, mejores camas, mejores alimentos y sobre todo porque adoramos al verdadero Dios que es el que nos puede hacer felices. Por esta razón me pareció mal lo que ayer me contestó un niño de mi sección al explicarle esto; pues me dijo: «aquellos niños no tendrían escuelas como nosotros y por consiguiente estarían mejor porque no se verían obligados á estudiar las lecciones.» Yo procuré probarle lo contrario, y al parecer se quedó convencido, pero senti el no haberte podido decir el cómo los antiguos hacian á sus hijos ganar la comida, pues de esto creo que hubiera sacado partido.

—Te he oído con mucha complacencia y te doy las gracias por el interés que te tomas en el cumplimiento de tus deberes, y á todos los instructores les suplico que te imiten, por que como os he dicho muchas veces, en vosotros consiste que esta escuela sea mas ó menos buena. Ahora voy á satisfacer tu curiosidad.

Eran muchos los medios de que se servian para hacer ganar la comida á los niños, però solo os referiré uno para que forméis una idea. Los habitantes de las islas Baleares acostumbraban á poner el alimento en un

punto donde los niños no lo podían coger, y no se lo daban por más que tuviesen buena gana, hasta que lo tocasen con una piedra arrojada desde larga distancia por medio de una honda; así es que aquellos habitantes llevaban fama de diestros honderos. Con esto, ya pudieras satisfacer tus buenos deseos en otra ocasión, querido Ciro.

—Si señor, ya sabría yo y cualquiera de nosotros dar una buena lección à los niños de nuestras respectivas secciones.

—Bien, pues vamos ahora à seguir adelante en nuestra lección; y por sino recordais, desde luego os digo que hablamos de cómo empezó la civilización entre los españoles.

Domingo nos dirá algo sobre éste punto importante.

—Si señor, me acuerdo que V. nos habló que, los habitantes de las costas, fueron desde luego civilizándose; porque como nuestro país era muy rico en producciones, hubo desde luego habitantes de otras naciones que trataron de comerciar, y como los principales fueron los griegos y fenicios, ya bastante cultos, los españoles fueron adelantando notablemente desde que se relacionaron con ellos. Los fenicios especialmente, llevaban ventaja à las demás naciones, pues à ellos se les atribuye la invención de la náutica, de la escritura y de otras muchas cosas; por

manera que cuando los cartagineses y romanos vinieron á España, estaban ya los españoles muy lejos del estado de barbarie en que estaban sumidos en un principio.

—Perfectamente, conozco que aprovechais mis explicaciones, y esto me anima á redoblar mi tarea para con vosotros. Los españoles adquirieron muy pronto un grado de prosperidad é independencia muy superior á otras naciones, de modo que cuandó algunas menos ricas aunque mas viciosas, vinieron á España, encontraron á sus naturales regidos por leyes que obedecian ciegamente, que tenían mucha fé en sus contratos, que respetaban á los ancianos, y en una palabra que atesoraban muchas virtudes que luego perdieron por el roce que tuvieron con sus ambiciosos conquistadores. De aqui es que la fertilidad de la tierra, lo hermoso del cielo y la bondad de los habitantes, formaban un conjunto tal de felicidad, que no podia menos de que esta privilegiada Nacion fuese codiciada por otras como muy pronto sucedió, seduciendo á los sencillos naturales bajo el pretexto de amigos comerciantes y despues sujetándolos como viles conquistadores. Los fenicios, como ya os dije, fueron los primeros que se establecieron en las costas con el pretexto de comerciar, pero muy pronto, conociendo la bondad del centro de la Península se propusieron

conquistarla, unas veces por engaño y otras por fuerza; pero se vieron rechazados por los naturales y expuestos á perderlo todo. Por eso debeis tener presente, que al ambicioso le sucede muchas veces el quedarse sin nada por quererlo abarcar todo. Mas otra cosa peor hicieron todavia; pues viendo que eran rechazados, llamaron en su auxilio á los cartagineses de los cuales os hablaré otro dia.

Ahora quiero que me diga Braulio, como el mas adelantado, que es lo que deduce de lo que ha dicho Ciro y hé ampliado yo.

—Desde luego deduzco dos cosas muy importantes: la primera es, lo que conviene á todos estar en relacion con otros mas ilustrados que nosotros por lo mucho que pueden influir en nuestros adelantos; y la segunda el gran peligro á que nos exponemos viviendo entre los viciosos, porque del mismo modo pueden influir en nuestras costumbres y hacernos tan corrompidos como ellos; de suerte, que yo mas quisiera vivir ignorante, que ser instruido por un vicioso, aunque por otra parte fuese un sabio. Por eso debemos mirar mucho con quien nos juntamos, examinando antes sus costumbres sin dejarnos seducir por la instruccion que como ha dicho V muchas veces, es mas perjudicial que la ignorancia cuando no hay buenas costumbres.

—Muy bien: acabais de darme un buen rato

porque conozco que no trabajo sin provecho. Por hoy no tenemos mas tiempo: en la próxima leccion comenzaré á deciros algo de los cartagineses y especialmente de lo que hicieron en España.

Mi familia.

Tambien yo tengo familia queridos niños; tambien yo como vuestros padres estoy rodeado de hijos, y mi corazon rebosa de alegria y contento cuando me llaman, cuando me acarician, y sobre todo cuando me preguntan llenos de confianza, por algunas cosas que observan y no comprenden; y digo sobre todo, porque entonces entreveo en ellos el deseo de saber que es el mas seguro medio de perfeccionar nuestra alma y hacernos felices. Sí, la curiosidad en los niños es una prenda apreciable porque nos sirve de apoyo para que insensiblemente vayamos instruyéndolos; por eso os he dicho que estoy contento cuando me preguntan mis queridos hijos; y seria ingrato por demás sino diese gracias á Dios por el favor que en ello me ha dispensado.

Tres niños tengo; Zacarias, que es el mayor y cuenta once años, Pio nueve y Dolores que es la menor y tiene siete. Los tres me hacen

preguntas á porfía, y yo escogito los mejores medios para satisfacerlos.

En la última tarde de paseo, tuve con ellos una conversacion animada, y al regresar á casa, me manifestaron deseos de ver escritas mis explicaciones para poderlas estudiar con mas detencion. Yo les ofrecí que suplicaria á los redactores de *La Floresta* á fin de que insertasen mis lecciones en tan útil periódico si las consideraban dignas de ser leidas por los suscritores, y como han accedido gustosos,

Hé aquí la primera.

Papá, dijo Zacarias: el Domingo estuve con mamá en una funcion de iglesia, y observé que sacaron del brazo á dos señoras que habian enfermado, y aun mi mamá nos dijo: «vamos hijos míos, que me siento indispueta.» Yo le pregunté por lo que padecia y solo me contestó: la mucha gente y las luces me han hecho daño: Ahora, pues, quisiera yo que V. nos explicase en que consistia que las gentes y las luces hiciesen daño.

—Con mucho gusto; pero debeis tener presente que no es pregunta que se satisfaca en cuatro palabras, sino que es necesario gastar mucho tiempo para que podais comprenderme del modo que yo deseo. Por mi parte estoy dispuesto á deciros hoy lo que pueda, y si me ofreceis estar con atencion, nos sentaremos un poco sobre esta her-

mosa yerba, y comenzaré.

—Si, dijeron los tres; oiremos con gusto, papá, aunque le cueste á V. el explicarlo tres dias.

—Pues, vamos á ver Zacarias; tu nos dirás algo del aire, puesto que ya se que has oido hablar de él á tu maestro.

—Del aire si Señor, ya sé un poco: el aire es un fluido invisible, trasparente, clástico que rodea todo nuestro globo.

—Es verdad, mas para conseguir nuestro objeto es necesario que estudiemos sus efectos. El aire es indispensable al fuego para que arda, al hombre y demas animales para que respiren y á las plantas para que se desarrollen.

—Tambien recuerdo yo algo de eso, y ademas de lo que V. ha dicho, nos explicó un dia el Sr. maestro, que los metales expuestos al aire cambian de color y propiedades, como el hierro, por ejemplo, que se toma de orin.

—Cierto es todo lo que dices, Zacarias; y puesto que ya sabemos lo que es el aire, vamos á ver qué papel ejerce en todos estos hechos, para lo cual quiero que comencemos por el del fuego.

Dime pues; ¿qué es lo que necesitamos para hacer lumbre?

—Carbon, ó leña.

—Bien, pero para que el carbon ó la leña comiencen á arder ¿qué debemos hacer?

—Echarlos al fuego, ya encendido.

—Poco á poco; no es necesario echarlos al fuego precisamente, sino que basta acercarlos y hacer que se calienten hasta cierto punto. Pero sigamos.

¿Será necesario algo mas que el carbon ó la leña para hacer lumbre?

—No Señor, no necesitamos otra cosa.

—Un sabio consumado no contestaría con mas firmeza.

—Tiene V. razon pero yo creia...

—Creias en lugar de dudar, lo que te hace ser poco modesto; pues sabe que te has equivocado: porque se necesita ademas aire.

Y si lo dudais, no tenemos mas que poner un pedazo de leña con el fuego que la ha de encender bajo una campana de vidrio, extraer de ella el aire y observar lo que sucede: el resultado que obtendremos será el no poder encender la leña; y aun cuando no sacásemos el aire, veríamos que la leña arderia un poco, pero muy luego se apagaría. Mas no solo es necesario aire en el local donde hemos de hacer fuego, sino que es preciso que este fluido toque á la superficie del combustible; pues basta que esté interceptado el aire por una capa de ceniza para que no siga gastándose aunque por otra parte esté enro-

jecido, como sucede cuando se cubre con ceniza muy caliente.

—Pues yo no entiendo bien eso, dijo Zacarias, porque veo lo contrario. En el brasero por ejemplo, bien se cubren las brasas de una capa de ceniza; pero sin embargo se consumen y se acaban.

—Eso consiste en que, no estando perfectamente cubiertas, no impiden que el aire tenga algun contacto con ellas. Por lo demas, muy facil me sería probaros que podemos tener un combustible enrojecido y no consumirse sin embargo. Para esto no teníamos mas que llenar de carbon un vaso de hierro, y despues de bien cerrado se le calienta hasta que observemos el carbon enrojecido; lo tenemos un rato en tal estado, y luego se deja enfriar. Destapado despues el vaso, veremos el carbon en el mismo estado que cuando lo pusimos. Si por el contrario hubiésemos dejado el vaso destapado, se hubiera consumido todo y convertido en ceniza.

—Pues de ese modo no es necesario el aire para que el combustible se encienda, replicó Zacarias.

—Asi es; hemos observado dos efectos distintos, y por eso los químicos, que son los que estudian la naturaleza íntima de los cuerpos, distinguen estos dos hechos con nombres

especiales. Así, cuando un cuerpo se enrojece y no se gasta, dicen que esta en ignición, y cuando arde y se gasta, en combustion. De aquí es, que para que haya combustion, es necesario que esté el combustible en contacto con el aire.

¿No habeis observado que se apaga el fuego en la cocina ó en la estufa?

—Sí señor, respondieron los tres.

—Pues la causa es bien sencilla: luego que la leña arde un rato, se cubre de ceniza, y perdiendo el contacto con el aire, se apaga; por eso es necesario menear la leña para que no se cubra de ceniza si queremos que siga ardiendo.

—Pues mi mamá interrumpió Dolores, reprende á la criada cuando mueve el fuego con las tenazas, porque dice que se gasta mucho.

—Pero otras veces habras visto á mamá practicar la misma operacion que reprende en la criada. Algunas veces es preciso activar la combustion, y otras sería fomentar un gasto inutil; y yo estoy seguro que tu mamá reprenderla á la criada en este último caso.

—Pues á mi me ocurre una duda, dijo Pio; y es, que la mamá hace por las noches envolver el fuego con ceniza, á fin de que se conserve hasta la mañana, y V. nos dice que si se cubre se apaga.

—Bien me parece hijo mio, que hagas las observaciones que te ocurran; pero me alegraría que procurases recordar lo que llevo dicho y discurrieses un poco. Si se cubre con ceniza bien caliente como ya he indicado y los carbones estan perfectamente encendidos, se conserva el fuego gastándose muy poco.

—Ahora ya estoy satisfecho papà.

—Pues en ese caso continuaremos con nuestras observaciones.

Sabemos ya que los ingredientes del fuego son, un combustible calentado hasta cierto punto y aire que toque à su superficie; y tan fácilmente se comprende esto, que no tenemos mas que arrimar leña al fuego y aumentar el aire por medio de un fuelle, y desde luego sabeis que se consume mucho antes la leña.

Pero fijémonos ahora en el aire que ha activado la combustion, en la leña que ha desaparecido y en la ceniza que aun nos queda. ¿Dónde está el aire? Qué es de la leña? Han desaparecido y no podemos ya estudiarlos: pero podremos hacerlo si los encerramos en una campana de cristal. Efectivamente, pongamos bajo este objeto lleno de aire la leña encendida, y veamos lo que resulta. La leña arde un ratito; pero muy pronto deja de arder y se apaga. ¿Qué es lo que ha su-

cedido á la leña que puesta al aire libre se ha consumido?

—Será que se ha gastado el aire de la campana, interrumpió Zacarias.

—Pero se ha gastado todo, ó ha quedado algo?

—Regularmente no habrá quedado, porque de lo contrario no se hubiese apagado el fuego.

—Pues yo os haré ver que aun hay aire en la campana. Ya me habeis oido hablar de la impenetrabilidad de los cuerpos, que consiste....

Se continuará.

La muñeca de Julia.

Julia era una preciosa niña de 9 años que asistía diariamente á uno de los colegios mas acreditados de esta Capital, cuya directora no sabia que ponderar mas en ella, si su aplicacion al estudio, su constancia y adelantos en las labores femeniles, ó la bondad y dulzura de su carácter.

Esta criatura angelical era querida igualmente de sus condiscípulas que sabian apreciar el mérito de su compañera sin que la envidia turbase nunca el placer que experimentaban cuando la profesora al finalizar una lec-

ción al dar la última mano á una labor, premiaba los afanes de Julia ó la presentaba por modelo á la escuela.

Hija única, sus padres la adoraban, y cada triunfo adquirido en la escuela, cada labor concluida sin defectos, valia á Julia una recompensa doméstica y acrecentaba el cariño que sus padres la tenían; de manera que habia llegado á reunir un almacén de juguetes con los cuales pasaba largas horas de solaz des-pues de haber llenado, por supuesto, todas sus obligaciones.

No tenia Julia entre todos sus juguetes un trompo ni una pelota, pero en cambio no le faltaba una cocina completa, empezando por la hornilla y acabando por los platos; allí nada se echaba de menos; pucheritos, cazuelas, sartenes, raseras, cacerolas, vesugueras, orteras, parçillas, chocolatera, en una palabra, todo lo que constituye la batería de cocina. Tambien tenia mesitas, pequeñas sillas, taburetes, sofá, cuadros, espejo y todos los muebles de una habitacion incluso el brasero; y unos cajoncitos que llamaba baules donde guardaba muy plegados todos los retales de tela que pedia y su madre le facilitaba por inservibles: finalmente contaba con tres camas con todos sus accesorios que tenia mucho cuidado de conservar porque era la parte mas cara de su ajuar. Todos estos objetos,

por supuesto, eran chiquitos como para quien estaban destinados, y los personajes que se veían sentados en las sillas ó acostados en las camas, ó calentándose en la cocina; eran tres muñecas de carton de un palmo escaso de altura, y vestidas con trajes antiguos y algo ajados por el uso.

Una tarde poco antes de salir del colegio, la profesora la llamó y la nombró instructora estendiéndole en el acto el diploma que acreditaba su nombramiento. Además, el día antes había concluido un hermoso cuadro bordado, representando á la Magdalena llorosa al pie de una cruz, y fué autorizada para presentarlo á sus padres aquel mismo día con una carta de satisfaccion que le fué entregada; de manera que la niña no cabía en sí de gozo pensando en la satisfaccion que iban sus padres á recibir al presentarles dos pruebas de sus adelantos tanto en la parte literaria como en las labores.

Llegó á casa por fin llevando el cuadro y la carta en una mano, y el nombramiento en la otra y fué tal su emoción al presentarse á sus padres, que no pudo hacer mas que alargarles los objetos y echar á llorar sin poder articular una sola palabra.

Su madre la comprendió al momento, y tomando el cuadro se puso á examinarlo mientras el padre leía el diploma y la carta.

Ambos esposos lloraron tambien de placer y abrazaron muchas veces á una hija que tales goces sabia proporcionarles.

Esta escena sucedió á primeros de Octubre: el padre, aquella misma tarde comoró á Julia un bonito sombrero, y la madre la ofreció gastar 30 rs. en una muñeca en las próximas fiestas.

Una muñeca grande era el sueño dorado de la niña. Que bien vestida podrá estar (decía) si cuesta 30 rs.

Llegó por fin el deseado día 12 y la capital de Aragon presentaba el cuadro mas animado: multitud de gentes invadian las calles, y el anchuroso templo podia apenas contener el inmenso gentío que de 30 leguas á la redonda habia venido á saludar á la excelsa Patrona de Augusta en el cumpleaños del día en que por un especial favor de la providencia vino en carne mortal á Zaragoza.

Julia se despertó muy temprano y recordó á su madre el cumplimiento de su palabra, pero esta hizo ver á la niña que en tal día no se debia pensar en otra cosa que en la oracion y que tan solemne y magnífica festividad no habia sido instituida sino para recordar á los fieles el favor con que Dios quiso honrarles, debiendo por consiguiente mostrarse todos reconocidos tributándole el mas cumplido homenaje.

Al día siguiente Julia y su madre salieron á recorrer las tiendas á fin de que la niña viése cuantas muñecas quisiera y se fijase en la que habian de comprar. Entre otras muchas de diversas formas y tamaños, vió una de media vara de alta preciosamente vestida de raso azul con encajes en el cuello y en los brazos; tenia dos trenzas de hermosos cabellos y llevaba en la cabeza un lindo sombrerillo á la pastora con cintas de gró color de guinda y adornado con florecitas azules y blancas. Tambien llevaba pendientes y brazaletes y, sobre todo, tenia un resorte que daba movimiento á sus ojos; pero el comerciante pedia por ella 70 rs. y no habia mas que 30 en el presupuesto de gastos, por lo cual hubo de renunciar á poseer tan lujoso juguete.

Anduvieron toda la mañana de tienda en tienda, y por fin compró la madre por 28 rs. una muñeca tambien de media vara de alta que tenia bellísimas proporciones; pero la niña no parece quedó muy contenta de su adquisicion porque la oímos entablar con su madre el siguiente diálogo.

-Pues yo mamá decia hubiera preferido por seis pesetas aquella otra moña que hemos visto tan bonita con su vestido de crespon encarnado y su rosa prendida en el cabello.

-Es que aquella, hija mia, no tenia piernas y solo estaba sostenida en un pedestal, de ma-

nera que si quitamos el vestido quedaria un simple palo sin forma.

-Ya lo veo pero ésta aunque tiene piernas y parece una mujercita está desnuda, y esto no me hace gracia.

-Esa circunstancia es precisamente la que la hace recomendable, pues así podras vestirla à tu gusto.

-Si pero necesitaré trabajar mucho si he de conseguir que tenga todas las prendas que necesita y además carezco de tela para hacerle vestidos.

-Y qué importa que te cueste algun trabajo? ¿Qué importa que emplees en coser para tu muñeca alguno de los muchos ratos que te habias de entretener en otra cosa, si consigues verla bien ataviada? En cuanto à telas no te apures, yo te suministraré lo que te haga falta.

-Tiene V. razon exclamó la niña palmoteando, ya verá V. con qué afán trabajaré en las horas que me queden libres; yo la pondré bien elegante, no le dé à V. cuidado; y le haré muchas camisas y enaguas y pañoletas y vestidos y medias; y le tengo de bordar un cuello y unas mangas bien bonitas. No cambiaria ahora esta muñeca ni aun por aquella que me neaba los ojos, y eso que vale 70 rs.

-Es que hasta ahora no habias comprendido los buenos ratos que estas tareas te van à proporcionar.

-Atienda V. mamá, ahora me ocurre que tendremos que hacerle una camita mayor porque las que tengo son cortas.

-Tú le harás todo lo que necesite y yo te daré las telas y demas que sea preciso aunque en cambio quiero exigirte una cosa.

-Puede V. estar segura que cumpliré cuanto V. me mande con una rigurosa exactitud.

-Pues bien, solo deseo que no pongas nunca à tu muñeca ninguna prenda que no esté bien hecha, para lo cual examinaré cuantos vestidos le hagas, antes de ponérselos; de este modo conseguirás que no vaya vestida con impropiedad ó ridiculez.

-¿Y cuando no sepa cómo se hace una cosa?

-Entonces me lo preguntas y yo te satisfaré con gusto, y aun seria mejor que fabricases los trajes en mi presencia: de este modo podria yo decirte lo que tu ignorases.

-Es verdad, y hoy mismo quiero empezar à vestirla, solo que no sé à la verdad por donde empezar, porque como nada tiene, todo le es absolutamente preciso.

-Hay cosas cuya necesidad es mas urgente que la de otras, y la camisa, por ejemplo, es de las de mayor urgencia.

Aquella misma tarde ya estaba Julia preguntando à su madre que cuanta tela entraba en una camisa añadiendo, que deseaba empezar en seguida.

Hija mia, contestó la cariñosa madre; no puedo decirte una cosa fija en este punto, puesto que la cantidad de tela depende de la altura de la persona; solo puede darse una regla fija y es, que para el cuerpo se invierte el duplo de la altura que media desde los hombros de la persona hasta un medio palmo sobre el tobillo, debiendo contar ademas con las mangas, es decir, que una mujer que tiene seis palmos de altura desde los hombros hasta encima del tobillo, necesita doce de tela con mas dos para mangas que son catorce.

-Entonces mi muñeca que tiene palmo y medio de altura, necesita tres palmos de tela.

-Justo, y medio palmo para las mangas, por que debemos considerar que los brazos son proporcionados al resto del cuerpo.

-Ahora me ocurre una cosa y es, que la tela es muy ancha, porque si bien no lo es para una mujer regular, como la muñeca es mas pequeñita, la camisa saldria desproporcionada.

-Esa es una observacion juiciosa que me prueba que discurre; y en efecto la tela que ordinariamente se gasta para camisas, es sobre cinco palmos de ancha, y por consiguiente, para tu objeto, hasta con que sea un palmo; y la madre sin hablar otra palabra entregó á Julia un trozo de tela de 3 y $\frac{1}{2}$ palmos de largo por uno de ancho.

La niña daba vueltas á la tela, la miraba

por todos lados y la doblaba y desdoblaba una vez y otra sin saber como empezar su obra, hasta que agujada por el deseo de ver su camisa concluida, suplicó á su madro que la cortase.

-No hija, eso es cuenta tuya, arréglate como puedas.

-Pero si no sé que es lo que se hace primero.

-Toma la tela, mides lo necesario para las mangas y lo separas.

-Ya está mamá.

-Pues ahora dobla á lo largo por mitad la tela que te queda.

Se continuará.

CONSEJOS.

Así decía un respetable Maestro á sus queridos discípulos.

«Tiernas criaturas á quienes amo con un cariño paternal objeto de mis constantes desvelos y cuidados, acercaos á mi con entera confianza, y recibid afectuosamente mis consejos y advertencias; grabadlos en vuestro corazón, y sean las reglas de toda vuestra vida, si apeteceis la dicha en este mundo y aun mas allá.

«A nadie es tan aplicable como à mi y à vosotros la Parábola del Sembrador que deposita los gérmenes de las plantas en diferentes terrenos, y cada uno corresponde segun su fertilidad; sed vosotros la tierra fértil donde se desarrollen con lozanía los principios de vida que confio á vuestra naciente inteligencia.

«Vuestro corazon está puro, vuestra conciencia tranquila, la vida se despliega ante vosotros como risueño panorama que abarca las felices ilusiones de dias alagüenos; á la manera que una mañana serena y en calma hace presumir que el Sol brillará con fuerza en el meridiano.

«Amad *la virtud*, desde la aurora de la vida; que las densas tinieblas del vicio no empañen los matices de ese precioso cuadro: amad *el saber*, para que la ignoranciá no se apodere del santuario de vuestra alma; antes bien en él debéis ostentar los ricos primores de vuestro entendimiento.

«Cuando el Sol calienta la tierra, elévanse hácia el cielo azulados y rojizos vapores que son enriquecidos con preciosas y variadas tintas por los dorados rayos con quienes se mezclan: elevad al cielo vosotros los tiernos deseos de vuestro infantil corazon, y los rayos del Sol de amor, que es Dios, se mezclarán á los impulsos de vuestra alma para embellecer to-

dos los términos de vuestro encantador horizonte.

«Oh que hermosos son los días en que vive la niñez! Cómo el alma se llena de júbilo respirando la inocencia de los primeros tiempos de la vida! Cómo el corazón se regocija deseando partir con vosotros los dulces recreos de tan juguetona edad!

«Con que satisfacción se corre tras la fugitiva mariposa! Con que indecible placer surcan vuestras tiernas plantas los jardines en busca de preciosas flores para llevar un ramillete á vuestras queridas madres!

«No hay arrugas en vuestra frente, ni los engaños han hecho palidecer el carmín de vuestras mejillas, ni os sentís el corazón abatido bajo el peso de los infortunios.

«Ven vuestros ojos los objetos á través de un prisma de flores; vuestros sentidos recogen ansiosos el grato perfume que exhala la atmósfera que os rodea.

»¡Oh! Dichosos una y mil veces si en vuestra encantadora edad pensáis que sois el tierno Benjamin de la especie humana; si contempláis que el *Ser Supremo* ha rodeado vuestra naciente vida de solícitos cuidados y vuestra alegre infancia de mágicos y encantadores jardines.

»Que vuestro pecho rebose de gratitud hacia un Dios tan bueno, que vuestra lengua

cante sus alabanzas, y vuestra voluntad aspire tan solo á lo que es de su agrado.

«Ved en todo su pr6vida mano dirigiendo el camino por d6 surcan vuestros delicados pies; alzad al cielo la vista y contemplad que de El viene la luz que se refleja en vuestros lindos ojos.

«Niños queridos, dulce objeto de mis atenciones, bendecid al Se1or, vedle constantemente en todo lugar derr6mando su gracia sobre vosotros: sabed que solo aspira al tierno reconocimiento de vuestro coraz6n.

«Qu6 otra cosa podr6amos nosotros ofrecer siendo tan d6biles, y El, omnipotente? Mas por un exceso de su bondad permite que le llamemos Padre, y se complace en escuchar los puros acentos de sus peque1uelos.

«Desdichados de aquellos que no ponen en El su confianza! ¿A quien acudir6n en sus dolores? Tender6n la vista h6cia la azul esfera al cruzar los desiertos de la vida humana, y esclamar6n tristemente con el coraz6n lacera- do. ¡Ah! nosotros no tenemos Padre!

«Mas los que creen en El, y le aman con todo el ardor de su coraz6n, son las tiernas criaturas á quienes jam6s abandonar6 el Se1or, y les dar6 á probar las dulzuras de una vida pura y sin mancha, y como hijos suyos tendr6n asiento en el banquete celestial.



EJERCICIOS

PARA EL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA.

CHARADA.

Componme de cierto modo
que cuatro sílabas tenga,
y mi primera en tu oído
suene con sola una letra.

Unida con la segunda
da de una cosa la idea,
que según lector la tomes
será muy dulce ó muy hueca.

Sin lo que dicen unidas
la primera y la tercera
no hay enfermo bien cuidado
ni es posible noche buena.

Utensilio de cocina
prima con cuarta demuestran,
y la tercera y la cuarta
puede ser si lo deseas
una gran cosa en la industria,
arma ofensiva en la guerra,
un juguete para el niño,
y no falta quien sostenga
que es muy útil instrumento
para trabajar madera.

Mi todo se usa bastante
por las niñas en la escuela.

ANÁLISIS GRAMATICAL Y LÓGICO

y completar la frase.

Un padre tenía dos... de los c... el uno se a... mu... en la e... pe... el otro que era de más edad pr... distraer á... de sus.... . A este fin ponía en j.... cuan.... le su.... su im.....

Un her..... día de v..... logró que.... le acom.... en vez de.... y marcharon jun.... á corretear por las o... río cau... que ba... los muros de la... Fa.... y jadeando quisier.... mit..... el insostenible..... para lo cual se des.... de la ropa y... zamb.... gozosos en el a.... . Por desg.... en aquella parte era m... r... la.... y ambos per... vic... de su impr....

PROBLEMAS DE ARITMÉTICA

¿Cuántos ladrillos se necesitan para enladrillar una habitación de 46 metros, 5 decímetros de larga y 12 metros de ancha, suponiendo que cada ladrillo tiene una superficie de 3 decímetros cuadrados?

=

Niños que han ejecutado los ejercicios del número anterior.

SOLUCION DE LA CHARADA.

D.^a Vicenta Larralde y D.^a Paulina Labayen discipulas de D.^a Luisa Esparza. = D.^a Julia Minguella, de D.^a Lorenza Machiandiarrena. = D. Carlos Vila y D. Eusebio Blasco, de D. Mariano Ponzano. = D. Francisco Juderías, de D. Felipe Remiro. = D. Marcelino Isabal, ignoramos á qué colegio asiste.

Problemas de aritmética.

D. Marcelino Isabal, D. Carlos Vila y D. Francisco Juderías. = D. Pantaleon Franco y D. Miguel Ajustuey, del pueblo de Biel. = D. Pascual y D. Silvestre Zapater, D. Basilio Ferrer, D. Ángel Hernandez, D. Felipe Albero, D. Manuel Boira, D. Pedro Fuentes, D. Gregorio Mober, D. Enrique Garcia D. Manuel Lacasa, D. Rafael Jobe, D. Felix Campos, D. Andrés Ripollés y D. Tomas Turmo, discípulos de D. José Valero Ripollés.

Análisis lógico.

D. Carlos Vila.

Análisis gramatical.

D. Pantaleon Franco y D. Miguel Ajustuey.

NOTA. No publicamos los excelentes tra-

bajos de estos tres niños laboriosos, por su demasiada estension, pero les auguramos un brillante porvenir si continuan con tan buenas disposiciones.



Habiéndonos rogado varias comisiones locales que concluyésemos el primer tomo de *La Floresta* en 20 de Mayo proximo, con el fin de poder utilizar nuestra publicacion para premios en los exámenes públicos que tienen lugar en dicha época, - no podemos menos de agradecerles tan honrosas indicaciones; y habiendo logrado remover algunos obstáculos que se oponian á la realizacion de este deseo, aun á costa tambien de algunos desembolsos indispensables, tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros jóvenes suscritores que, desde el Diciembre, recibirán dos números al mes en lugar de uno que habiamos ofrecido.

Creemos que será aceptada con júbilo una medida que acelera algun tanto nuestra publicacion.

ZARAGOZA.

Imprenta del Instructor, á cargo de Santiago Ballés.

Arco de Cineja, n. 66.—1855.